

**En este número: DEMOCRACIA A LA VENEZOLANA
 TODOS A JOHANNESBURGO (menos el sentido común)
 “ECONOMÍA SUSTENTABLE”, binomio no sustentable**

DEMOCRACIA A LA VENEZOLANA

A primera vista uno diría que no, pero la explosión demográfica tiene también mucho que ver con la situación política que vive hoy Venezuela.

Después de la Segunda Guerra Mundial y hasta los años 70 pudo observarse en las naciones más industrializadas una relativa inestabilidad en el aspecto político, con la presencia de una fuerte y a veces amenazante componente socialista y de extrema izquierda. El panorama evolucionó progresivamente hacia posiciones más centrista para concluir actualmente con la caída del socialismo real y la presencia de gobiernos llamados de centro-derecha o francamente conservadores.

Venezuela, nación socialmente aberrante donde sectores avanzados conviven con otros en franco sub-desarrollo, siguió una ruta diferente. A un periodo de relativa estabilización que concluyó con la caída del régimen del general Pérez Jiménez en 1958, siguió una serie de gobiernos elegidos democráticamente hasta el día de hoy. La diferencia que nos separa de los otros países a régimen democrático es que en Venezuela nunca hubo alternancia de opciones de gobierno, todos los partidos que se disputaban el poder eran de tendencia socialista y ofrecían el mismo programa populista, sólo que cada uno lo habría hecho mejor que el otro. Toda la legislación existente fue progresivamente sustituida por otra inspirada o copiada de los países del área del socialismo real.

Así que no debe sorprender la actual presencia de Hugo Chávez en el poder: el terreno estaba ya preparado, su presencia es la conclusión de un período de 40 años de gobiernos populistas de izquierda. La votación masiva que llevó a Chávez al poder vino en casi su totalidad de la clase marginal, que ahora constituye la mayoría absoluta de la sociedad venezolana. Hace 40 años la marginalidad era prácticamente inexistente en Venezuela. Lo que había era una clase humilde campesina, de bajo nivel cultural, altamente prolífica, condicionada por la autoridad política, sumisa al poder de la iglesia católica, de profundo fervor religioso y por lo tanto vacunada contra cualquier programa de planificación familiar. Esta clase fue el vivero de donde los partidos, especialmente Acción Democrática y Copei, sacaron los votos. Esta clase, de desbordada fecundidad demográfica, alentada por un dólar petrolero barato, que desanimaba la agricultura y favorecía la migración a las grandes urbes, fue a invadir con un cerco de ranchos los alrededores de todas las ciudades. Todos los partidos políticos alentaron esta gran migración con una serie de promesas de vivienda, trabajo, salud y educación, jamás cumplidas porque su interés era contrario al interés del pueblo: más marginalidad significaba más miseria e ignorancia y por ende más votos. Nunca fueron más patentes las palabras de Simón Rodríguez: *El que nada tiene cualquiera lo compra, el que nada sabe cualquiera lo engaña*. Fue así que un diabólico brebaje de populismo izquierdoide vacío e inepto, sumado a una explosión demográfica alentada por una iglesia santurrón y medieval, generó la actual sociedad venezolana formada por mayoría absoluta de desocupados, buhoneros y vagos de oficio (parásitos políticos), que constituye la base electoral que escoge a los hombres encargados de regir a la nación. Esta política, desarrollada por los partidos en los 40 años de democracia, culmina en la frase

pronunciada recientemente por Hugo Chávez en defensa de la ley que facilitará la ocupación de las fabricas por parte de los trabajadores: *“hay que darle el poder a los pobres”*. Esto es lo único de verdaderamente tangible que dejaron los partidos políticos en Venezuela, la pobreza, y no hay ninguna duda de que el actual gobierno lo está haciendo mucho mejor que los anteriores.

Lo más curioso es que nuestro Presidente fue a explicar como se lucha contra la pobreza a los 60.000 delegados de la cumbre de Johannesburgo. Viajó con el nuevo airbus de 80 millones de dólares (sacados de los 30 millardos que Venezuela, como país pobre, recibió de los organismos internacionales) que el pueblo le regaló para su uso personal. Lo mismo va a hacer en la próxima cumbre de la FAO en Roma y, se supone, en una conferencia que dictará en la universidad de Oxford. Será por eso que la universidad escocesa Robert Gordon le va a dar el doctorado Honoris Causa.

Para usar una terminología de la más inocua, digamos que se ha perdido el sentido común de las cosas, el mundo está desorientado. Pero, será muy difícil que un mundo desorientado pueda resolver los graves problemas demográficos que lo afectan.

Carlos Bordón

Este artículo, del periodista Giovanni Sartori, fue publicado en vísperas de la cumbre de Johannesburgo por el *Corriere della Sera*, el más importante diario de Italia. Aunque la cumbre ya ha pasado, el artículo fue tan profético y nos parece de tanta actualidad que lo hemos traducido para los lectores de Mundo Sobrepoblado

PORQUE NO CREO EN LA CUMBRE SOBRE EL DESARROLLO **Todos a Johannesburgo (menos el sentido común)**

Hoy los sesenta mil de Johannesburgo se reúnen para salvar la Tierra. Los siguen cinco mil periodistas, ¿bastarán? Así que en los próximos días tendremos la cabeza atronada por una avalancha de mensajes que nos dejarán, me temo, más confundidos que nunca.

Los sesenta mil reconocen que la Tierra está enferma. Simulan también, saber el porqué. Pero no es verdad. No lo saben, o si lo saben, no quieren decirlo. A los inocentes como yo parece obvio que la Tierra está enferma, en primerísimo lugar porque es demasiado pequeña para una población demasiado grande, y en continuo y alocado crecimiento. Pero para los sesenta mil sofisticados cerebros de Johannesburgo esta es una diagnosis demasiado sencilla. Mejor, es una diagnosis sacrílega. Tanto es que en su forma de hablar la palabra “población” y expresiones como “sobrecarga demográfica” son rigurosamente excluidas. Leer para creer.

Colin Powell, el secretario de estado americano, se expresa con estos malabarismos: *“Los Estados Unidos se ven empeñados en construir un mundo donde los niños puedan crecer al abrigo del hambre, enfermedades y analfabetismo un mundo de esperanzas que se realizan para todos los hijos de Dios”*. Es difícil exhibir una retórica más vacía y descarada. Descarada porque Powell habla en nombre y por cuenta de un presidente que ni siquiera ratifica los acuerdos de Kyoto sobre una modestísima reducción de la contaminación atmosférica.

Nitin Desai, el vice del secretario general de las Naciones Unidas Kofi Annan que dirige la cumbre de Johannesburgo, declara: *“tenemos todavía mucho que hacer para proteger los océanos, parar el avance de los desiertos, llevar el agua potable.....”*. ¿Todavía mucho que hacer? ¡Qué cara de bronce! La verdad es, que lo tenemos todo por hacer, visto que en los diez años transcurridos entre Johannesburgo y la precedente cumbre de Río todos dichos problemas se han agigantado.

El Banco Mundial prevé para el 2030 un mundo de exterminadas rancherías insanas, sedientas, obscurecidas por la contaminación, irrespirables, donde se hacinarán seis millardos de personas, más otro millardo y medio de hambrientos en el campo. ¿Cuál remedio? Como siempre, la fábula milagrosa de cambiar “modelos de desarrollo y producción”. Dulcis in fundo, nuestro ministro del Ambiente Altero Matteoli es optimista porque “*hay un mayor conocimiento de que hambre, pobreza y ambiente están relacionados*” ¿Relacionados con qué? ¿Con la sobrepoblación? Nunca sea dicho: la palabra población es tabú también para él.

Inútil continuar. El coro es siempre el mismo y es un coro que recita un engañoso libro de los sueños. Yo no deseo que el mamotreto de Johannesburgo quiebre, el drama sería que nazca muerto. El toro hay que agarrarlo por los cuernos, mientras la gran armada de los sesenta mil lo hala por la cola. Como bien ha remachado el otro día (*Corriere della Sera* 20 de agosto) Alberto Ronchey, si no se parte de la premisa de que “*cada desarrollo sustentable presupone la urgencia de enfrentar la perspectiva de la inflación humana*”, y que “*la cuestión primaria y prejudicial para la salud futura del planeta es la demografía*”, entonces todo nuestro hacer se transforma en mal-hacer. Porque el evangelio del desarrollo a ultranza sólo puede añadir a los daños ecológicos producidos por el mundo industrial avanzado, los daños aún más desmedidos de un mundo preindustrial superpoblado que se desarrolla quemando forestas (como Indonesia) y carbón (como China). Si alguien piensa que en Johannesburgo se está celebrando la gloria del *Homo sapiens sapiens*, está equivocado: tal vez será del *Homo stupidus stupidus*.

Giovanni Sartori

“ECONOMÍA SUSTENTABLE”, binomio no sustentable

Consideramos interesante someter al juicio de los lectores estos dos trabajos, publicados a 20 años de distancia uno del otro, que tratan el mismo problema del colapso final, enfocado desde dos puntos de vista diferentes.

LA DEMOLICION DE LA ECOSFERA

La economía humana es un aspecto de la economía de la naturaleza. Por lo tanto, las ciencias económicas deberían estar enfocadas como lo que realmente son: apenas un capítulo de la ecología. Pero el pasado remoto de nuestra cultura nos legó una filosofía de dicotomía Hombre-Naturaleza. Fue en base a esta visión dicotómica que el pensamiento económico permitió la aparición de la actual forma de sociedad industrial y su última fase, la sociedad de consumo, parte de un patrón absurdo, un modelo divorciado de la realidad. Ese modelo concibe la economía como si ella existiese en un plano que trasciende a la naturaleza y que no tiene contacto con ella, excepto en aquellos puntos en que se la explota como fuente gratuita de materia prima. Tanto el mundo inorgánico como el mundo vivo, con la única excepción del hombre - excepción ésta que tiene sus excepciones - son mirados como simple materia prima. Según esta visión, el ambiente no es sino una masa amorfa que sólo adquirirá forma significativa después de manipulada por el hombre, su soberano.

Implícitamente el modelo económico vigente postula un flujo abierto de materias. Este flujo es unidireccional y se mueve entre dos infinitos: en un extremo, materia prima y energía inagotable, y en el otro, capacidad ilimitada de absorción de desechos. Una vez que este flujo une dos infinitos, se infiere, lógicamente, que es indefinidamente ampliable en volumen y velocidad; no se admiten límites para el "desarrollo" y el "crecimiento económico". Aun cuando las circunstancias ya no admiten la negación de ciertos límites, supóngase simplemente que

todos los recursos son sustituibles y que no existen límites para el ingenio humano, que sabrá superar siempre todos los impases.

Un modelo de esta naturaleza ignora completamente el funcionamiento de la ecosfera, de la cual el hombre y todas sus actividades son una parte inseparable. Ese modelo es la causa de la crisis que atravesamos. La visión de la economía como algo que trasciende a la naturaleza, lleva a la ceguera ambiental por un lado y a cuentas ficticias e ilusorias, por otro. Es porque la naturaleza no entra en nuestro pensamiento económico que no nos damos cuenta de la gravedad de nuestras agresiones y no vemos que nos encontramos en pleno proceso de desmantelamiento de la ecosfera, cuyo fin significará también el fin de la economía humana. La casi totalidad de lo que convencionalmente llamamos "progreso" no es otra cosa que el incremento en la rapiña de los recursos naturales. La sociedad moderna es infinitamente más destructora del ambiente que algunas de las sociedades antiguas, extintas justamente porque fabricaban desiertos. Su expectativa de vida es ciertamente más reducida que la de éstas.

Mientras él progreso de la vida, a través de las largas eras de la evolución, significaba un constante aumento del capital ecosférico, con mejoramiento progresivo de la homeostasis, el "progreso" del hombre moderno es una orgía de consumo acelerado de capital, con aumento paralelo de la vulnerabilidad del sistema. En un espacio de tiempo cortísimo dilapidamos y desgastamos lo que a la naturaleza le tomó millones de años en crear y acumular.

Cuando nos jactamos de nuestro fabuloso poderío tecnológico y, nos enorgullecemos de nuestro "dominio de la naturaleza", este entusiasmo pueril nos hace ciegos ante los verdaderos costos de las modernas tecnologías y no vemos nuestra total incapacidad de reponer, con igual facilidad, lo que destruimos. Una motosierra o un tractor que en minutos derriban un gigantesco árbol milenario, nos parecen un progreso extasiante, pero olvidamos que no hay ni habrá nunca una tecnología capaz de reponer en el mismo lugar otro gigante en menos tiempo del que necesita ese árbol para formarse.

Al no tomar en cuenta los costos ambientales de nuestras tecnologías, hacemos cuentas incompletas y, por tanto, erradas. Para los tecnócratas, economistas y burócratas el dinero se convierte en la medida de todas las cosas: medida universal y exclusiva. Sólo es tenido en cuenta lo monetariamente cuantificable. Pero el dinero, que representa apenas las reglas de juego de la distribución entre los humanos y el fruto de nuestra explotación de la naturaleza, no tiene absolutamente nada que ver con el avance o el retroceso ecológico, y en nada refleja la salud de la ecosfera ni las condiciones de supervivencia.

De este modo confundimos el desmantelamiento de la ecosfera con la creación de riqueza. La destrucción de una ciénaga, la transformación de la floresta amazónica en simples pastos, o la tala de las últimas araucarias sólo figuran en las cuentas económicas como creación de riqueza, sin que allí aparezca la descapitalización ecológica.

Como índice de progreso se toma el Producto Nacional Bruto (PNB). Pero este PNB no pasa de ser un indicador del flujo de dinero o del flujo unidireccional de los materiales que ese dinero moviliza. En el cálculo del PNB nada se descuenta. No es descontada la descapitalización de la ecosfera. Allí nada se debita al agotamiento de una mina, la desaparición de los peces en ríos y océanos, la pérdida del aire puro, los costos sociales. Mas la descapitalización de la ecosfera es una descapitalización real, tan real como el empobrecimiento de quien despilfarra despreocupadamente su capital monetario. El PNB es la suma aritmética del valor monetario de las transacciones entre humanos, y nada más. El precio de la madera en el mercado interno y las divisas de su exportación se suman sin que haya ningún descuento por la descapitalización del bosque. Si después de la explotación de la madera sólo queda un desierto, el PNB no carga en cuenta este hecho; apenas registra "creación de riqueza". Así, la persona que más dinero despilfarra en futilidades, que más materiales desplaza, que más impacto ambiental negativo produce, contribuye más al PNB que la persona frugal, que dedica sus energías al estudio, y al deleite espiritual, o al avance de la ciencia, de las artes, de la armonía social.

Cuando la salud pública llegue a decaer drásticamente a consecuencia de la contaminación ambiental y desmoronamiento social, el PNB crecerá en la misma proporción que los gastos para medicinas, médicos, siquiátras, hospitales y funerarias. De hecho, el PNB es proporcional a la descapitalización de la ecosfera. Lejos de ser un índice de progreso real, el PNB es una medida de autodestrucción.

El valor que damos a las cosas no refleja su verdadero costo. El petróleo era barato porque su precio apenas reflejaba los costos de su extracción, más las ganancias de las compañías y los impuestos de los gobiernos. Su precio no tiene en cuenta la existencia limitada del mineral, su irrecuperabilidad y los cientos de millones de años que la naturaleza necesitó para formarlo. Se creó así toda una infraestructura tecnológica apoyada en el despilfarro acelerado de la energía "barata" y de las materias primas igualmente "baratas". Es como si una persona, al encontrar en su terreno un tesoro enterrado, decidiera venderlo a un precio que cubriera apenas los gastos de trabajo para desenterrarlo y un pequeño margen de ganancia.

Pecamos contra todos los preceptos de la ecología. No tomamos en cuenta los requisitos de nuestra propia supervivencia. Ya no se trata del mero desliz tecnológico que sería fácilmente reversible con un poco de cuidado, con legislación reguladora y algunas contrataecnologías, tales como el control mecánico o químico de la polución. Estamos causando los estragos que causamos, no porque nuestra tecnología funcione mal, sino porque ella funciona exactamente como queremos que funcione. La crisis ecológica no es la consecuencia de nuestras malas intenciones sino que es consecuencia de buenas intenciones, pero estas buenas intenciones tienen sus raíces en postulados falsos. Demolemos la ecosfera porque en nuestra visión alienada no le damos ningún valor. Queremos desmontarla y consideramos esto "desarrollo", "progreso". Arrasamos la Amazonía porque allí sólo vemos un "inmenso vacío".

La causa profunda de la crisis no es tecnológica ni científica; es cultural, filosófica. Nuestra visión incompleta del mundo nos hace agredir lo que deberíamos proteger. Nos parece que debemos "dominar la naturaleza", luchar contra ella para no ser dominados por ella. Pero ocurre que la alternativa "señor o esclavo" no corresponde a la realidad de las cosas. El camino que la ecología nos enseña es el de ser socios de la naturaleza.

Tomado de: José Lutzenberger, "MANIFIESTO ECOLÓGICO", publicado por la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1978

EL COLAPSO UNIVERSAL. El futuro desarrollo tecnológico

La cultura humana ha producido y sostenido muchos sistemas a feedback positivo. Recordamos que el feedback es negativo cuando tiende a mantener "constante" el fenómeno, como sucede con el termostato en un calentador de agua, que tiende a mantener constante la temperatura. En la naturaleza existen muchos sistemas llamados "anillos a feedback". Los mecanismos fisiológicos termorreguladores en los animales a sangre caliente son sistemas a feedback negativo. El feedback es positivo cuando el sistema "amplifica" el fenómeno, se llama también "feedback de fuga". Teóricamente es destructivo.

Por ejemplo, en la especie humana las manos se perfeccionaron siguiendo las órdenes del cerebro, éste, a su vez, se volvía más complejo guiando las manos e inventando para ellas nuevas tareas. En breve, se instauró un anillo a feedback positivo entre cerebro y manos: el perfeccionamiento de uno inducía un ulterior perfeccionamiento en las otras y viceversa.

En la práctica estos sistemas no son "siempre" destructivos, en general aceleran hasta que los ingredientes se agotan o se impone algún vínculo externo. En los anillos a feedback biológicos las situaciones son normalmente complejas e intervienen otros factores a parar o

acelerar el fenómeno; como, en el caso de las manos, el aumento del cerebro en los últimos tres millones de años contribuyó al refinamiento de las comunicaciones a través del lenguaje. Probablemente las manos ya han alcanzado el máximo en precisión y habilidad, por no estar sujetas a presión evolutiva, entregándose hoy el hombre más a las máquinas que a la habilidad manual. En otras palabras, las manos han salido del anillo a feedback y su puesto ha sido ocupado por las máquinas.

Otros anillos a feedback podrían ser entre desarrollo cerebral y cultura, entre superficie cultivada y población, entre las invenciones ya hechas y las nuevas por hacer. Todos estos sistemas contribuyen directa o indirectamente al aumento de la población humana. En el caso de los sistemas a feedback que involucran el crecimiento de la humanidad, los vínculos externos son vencidos o de alguna manera neutralizados por la cultura, así que dichos sistemas a feedback se vuelven destructivos.

Hoy nadie piensa absolutamente en limitar el desarrollo, cosa que no viene pedida (por lo menos de manera clara) ni siquiera por los ecologistas. Todo lo que estos logran obtener es la protección de algunas áreas y la limitación legal de los efluentes contaminantes; esta actividad, junto con la eliminación de los desechos, se está perfilando como un negocio colosal, cuyo desarrollo será exponencial, así como aumentarán los desechos mismos.

Está iniciándose una nueva serie de industrias, relacionadas con aquellas, digamos así, tradicionales. Con el aumento de la contaminación, los ecologistas lograrán medidas siempre más severas; la planta de depuración se volverá siempre más grande y compleja hasta, tal vez, alcanzar o superar la planta principal. Prácticamente cada industria será doble y gastará el doble de energía.

La técnica triunfará, contaminará y descontaminará. En 2050, fecha hasta la cual probablemente no tendrá comienzo el colapso universal, el planeta pululará de industrias contaminantes y descontaminantes. Dominará el ruido de los vehículos, de aviones y de maquinaria de toda clase. Se inventarán nuevos sistemas para ahorrar energía, pero sin resolver el problema de la contaminación, porque se gastarán cantidades siempre mayores de combustibles fósiles, por la razón de que los nuevos consumos superarán los ahorros.

En 2050 la población será de 15 millardos. ¿Cómo saciará el hambre? El hombre ha dado comienzo a un proceso de eliminación de las especies animales no susceptibles de cría. Con la desaparición de las últimas selvas este proceso se habrá concluido. Quedarán sólo el hombre y los animales criados por él, que aumentarán con tendencia exponencial, en proporción a la población humana. En la misma medida subirá la producción de los desechos orgánicos. De nada servirá el cuento de sustituir la ganadería con cultivo de cereales, cuyo rendimiento es 10 veces mayor, primero: porque la tierra resultante de la tala de las selvas tropicales no es apta para agricultura tradicional, segundo: porque nadie estará dispuesto a sustituir el bistec por la arepa.

Seguramente se realizarán nuevos métodos agrícolas, nuevas variedades de plantas de rápido crecimiento y alto rendimiento; pero todo esto se revelará insuficiente, por el aumento exponencial de la población y por la reducción relativa de las tierras cultivables.

El tráfico se adecuará a las necesidades de una inmensa población. El consumo de carburante aumentará en forma exponencial, junto a la correspondiente contaminación.

La técnica celebrará otros prestigiosos triunfos y se dará mucho relieve a estas victorias, lo mismo como lo hacemos hoy. El hombre de la calle será inducido a pensar que la técnica logrará, de una manera u otra, superar todos estos problemas. Nadie, sea individuo o comunidad, estará dispuesto a renunciar al desarrollo, porque todos estarán interesados, bajo el aspecto meramente financiero, en su prosecución. Surgirán nuevos movimientos contra el desarrollo, pero involucrarán solo una minoría de la población, por lo menos hasta poco antes del colapso.

El cáncer y otras enfermedades degenerativas se extenderán, pero nadie podrá probar con matemática certeza que un individuo dado habrá muerto por culpa de un determinado contaminante. Atrincherado detrás de esta argumentación el desarrollo podrá continuar

imperturbado su obra devastadora. Después de todo, en los últimos siglos se ha demostrado con absoluta certeza las relaciones de causa y efecto entre algunas actividades industriales y enfermedades profesionales, pero no por eso dichas actividades han sido prohibidas. Está claro que la actual sociedad privilegia la economía respecto a la salud.

Echando una mirada retrospectiva a la agitada historia de la humanidad, desde su origen hasta nuestro días, veremos que en el curso de la evolución del hombre se han producido varios anillos de feedback positivo: entre cerebro, manos, cultura, invenciones, lenguaje, etc. Estos anillos de desarrollo indefinido han lanzado el género humano en una aventura que, bajo algunos aspectos, puede parecer exaltante. En un principio el homínido adquirió semblantes humanos; después, en poder de cualidades únicas en la vida animal, salió de sus cunas a la conquista del mundo. La que a nosotros puede parecer ahora una entusiasmante aventura, parecía no tener nunca término, hasta que, agotados los recursos naturales del planeta para alimentar el crecimiento indefinido de su población, la humanidad se quedó sin alimentos. Fue entonces que el hombre inventó la agricultura. Inebriado por esta inesperada victoria, se proclamó rey absoluto del planeta y no tuvo límites en sus aspiraciones. Esto lo llevó a la locura actual.

Hoy los hombre corren como enloquecidos, encerrados en sus cajas de acero, adelante y atrás cada día de su vivienda al puesto de trabajo. Si dejaran de hacer este trabajo forzado faltaría la electricidad, y por lo tanto el agua bombeada por los acueductos, cerrarían las refinerías y faltarían los carburantes, se pararían los tractores y los campos los invadirían la maleza. Moriríamos todos, menos las tribus “salvajes” que, ignoras y desinformados, continuarían en su vida normal, sin trabajo y sin los complicados problemas del hombre “civilizado”. Y como en cada caso de locura, la humanidad no sabe de estar loca, y más lo es más persiste en la locura.

Condensado de “LA CATASTROFE DEMOGRÁFICA”, de Ruggero Ruggeri.

LA FRASE DEL DÍA

Franklin D. Roosevelt, el hombre que condujo a la victoria a los EEUU en la Segunda Guerra Mundial, a principio de su carrera política fue afectado por parálisis infantil y se quedó varias semanas entre la vida y la muerte. En una oportunidad dijo:

He pasado dos años en la cama intentando mover el dedo gordo. Esta fue la hazaña más dura que uno pueda imaginar. Después de esto, todo fue fácil.

Agradecimientos

Agradecemos en primer lugar a todos los que aceptaron el envío de la revista y que ponen de manifiesto su interés por estos temas de alcance mundial que nos afectan a todos. Gracias! por su confianza y por permitirnos estar allí.

Revista “Mundo Sobre poblado” Año 2002

Editores: **Carlos Bordón** y **Enrique Campos**

Para sugerencias y opiniones: mundosobrepoblado@cantv.net

Para suscripciones: mundosobrepoblado-1@cantv.net

Si este mail le llega repetido notifíquelo. Perdona las molestias.
Su dirección no será revelada ni utilizada para enviar correo Spam.